

Locura y genialidad

Por Albert Lladó

*“La inutilidad forma parte del carácter de la obra del genio:
es su título de nobleza.”*

Arthur Schopenhauer

Introducción

Este trabajo es un intento de aclarar algunas dudas que pueden surgir al hablar del hombre genial. Sabedores que, al leer *“El mundo como voluntad y representación”*¹, estamos ante una obra de inmensa calidad filosófica, hemos preferido centrarnos en un único tema para trabajar algunas cuestiones puntuales.

De este modo, nos preguntaremos sobre la importancia real de las diferencias entre el hombre que posee talento y el hombre genial, las similitudes entre el loco y el genio o, incluso, buscaremos respuesta a la pregunta sobre qué es lo sublime.

Para ello, después de hacer una primera lectura de la obra completa, trabajamos, de forma mucho más concreta, el libro tercero y los complementos a éste.

No creemos necesario, ni oportuno, hacer aquí un mero resumen de lo leído. El objetivo es, por lo tanto, llegar a profundizar en las afinidades entre conceptos y sus divergencias. Se trata, pues, de buscar una lectura crítica, exhaustiva, sin hacer una revisión lineal y repetitiva de lo expuesto por el pensador alemán. Es, en definitiva, buscar respuesta, sin salirnos del texto, a qué y quien es el genio y por qué es diferente al hombre común.

Albert Lladó
Barcelona, enero de 2006

¹ SCHOPENHAUER, Arthur. *“El mundo como voluntad y representación”*. Ed. Akal. Madrid, 2005.

El arte es la obra del genio. Es donde el genio reproduce las ideas eternas. Pero esto, ¿qué quiere decir?, ¿Qué son las ideas eternas?, ¿Por qué son eternas?

Para Schopenhauer, existe un conocimiento donde podemos encontrar la esencia del mundo, las esencias de todas las cosas. Es, sin duda, el conocimiento de las ideas platónicas. El caballo individual posee una idea, puro conocimiento objetivo y genérico, de caballo universal. El arte hace aquí, entonces, de medio para contemplar esas ideas. Son, como en Platón, ideas eternas e inmutables.

El mundo es dado como representación y la razón es, únicamente, la derivación de la intuición primaria. Pero el mundo, y sus objetos de conocimiento, que no son reales por sí, son el resultado de las condiciones de posibilidad. Entonces aquí el espacio, el tiempo y la causalidad hacen de principio de razón suficiente. Son las “lupas” que el hombre necesita para ver el mundo. Son los “lentes” de las representaciones. Pero la representación es mera apariencia y, por lo tanto, engañosa. La realidad verdadera es, la cosa en sí, la voluntad. Pero la voluntad es el origen de todo dolor. El dolor de necesidades que jamás se pueden satisfacer del todo. El arte, otra vez, es el medio para escapar del principio de razón suficiente y contemplar las ideas en su estado más puro.

El arte es, por lo tanto, el camino, la herramienta, para aislar, de algún modo, el objeto de sus relaciones, de su espacio, de su tiempo y de su causalidad.

**“El arte...inmoviliza la rueda del tiempo,
las relaciones desaparecen para él: sólo
lo esencial, la idea, es su objeto”²**

Por estos motivos, las diferentes formas artísticas son estudiadas por el pensador alemán, son diferentes maneras de poner al objeto fuera de la vida práctica, de ver al objeto desde una perspectiva absolutamente diferente a cómo lo puede ver la experiencia o la ciencia. Y, con estas consideraciones, estamos viendo, de manera directa o indirecta, el rechazo que Schopenhauer demostró, a lo largo de su obra, al racionalismo de la Ilustración. La razón es, como hemos dicho, una derivación de la intuición primaria, que únicamente se transmite a través de la contemplación, de las diferentes manifestaciones artísticas que muestran al objeto tal y como es, fuera de posibles apariencias engañosas.

En definitiva, el arte busca darle al objeto su importancia universal. No se fija en lo particular. El caballo negro no le interesa al artista. El artista, si quiere ser genial, debe despreocuparse del sujeto y buscar la esencia de todos los caballos negros, del género.

**“En la obra de arte, la idea se nos presenta
con más facilidad que directamente en
la naturaleza y en la realidad, y esto se debe
únicamente a que el artista...ha reproducido en**

² Ídem. Pág. 213.

su obra sólo la idea pura, separada de la realidad, omitiendo todas las contingencias perturbadoras.”³

Estas consideraciones tienen, creemos, clara influencia del budismo, que el pensador tanto leyó. El ego desaparece con el placer estético. El Yo deja paso a la contemplación universal, la contemplación de las esencias mismas del mundo, y la sensación de felicidad o infelicidad desaparecen. Igual que en el budismo, el individuo se ve como parte de un todo y no como algo ajeno, el concreto, fragmentario. El que goza de placer estético se olvida de toda individualidad, se olvida del aquí y del ahora, y se deja llevar por el sentimiento de pertenecer a la especie como tal.

En este sentido, nos dice Schopenhauer, la naturaleza, a veces, se parece al arte. Quien está atormentado, mira el horizonte y, si se olvida de su individualidad, deja su tormento porque es subjetivo, porque libera al conocimiento de la prisión de la voluntad, de las necesidades que ésta le exige.

En conclusión, lo sublime viene por el mismo camino que el placer estético. Lo sublime, *Erbaben* en alemán, se eleva sobre su propio estado. Se eleva, aclaremos, sobre su propia persona, sobre su necesidad de volición. Es, incluso, diferente a la contemplación de lo bello, porque ésta se logra sin dificultades, a través de un objeto que facilita el camino hacia la esencia misma. Sin embargo, lo sublime se hace camino él sólo, violentamente, para recordar a la vez la volición, no particular, son general del ser humano.

³ Ídem. Pág. 223.

Existe un peligro al considerar algunos objetos sublimes. Lo sublime no es lo bello pero, mucho menos, lo atractivo. Si lo sublime es la elevación sobre el propio individuo, lo atractivo no es más que aquello que estimula la voluntad, aquello que, incluso, hace del objeto necesidad. Lo atractivo, de este modo, recuerda al individuo que es individuo y le engaña con la promesa, aparente, de posibles necesidades. Lo sublime, por el contrario, es darse cuenta de la inmensidad del mundo y de cómo nosotros, como especie, somos parte, no individual, de él.

El genio es aquel hombre capaz de producir una obra dirigida a la contemplación de la idea platónica, de la cosa en sí kantiana, de la muerte, momentánea, del individuo sumiso a sus relaciones y su causalidad que pueda sumergirse en lo universal, al modo budista. Pero, ¿quién es un genio?, ¿Cuántos genios existen? ¿Cómo se reconoce a un genio?

La genialidad es la más estricta objetividad. Es, en definitiva, la intuición más pura. Es, por ello, una renuncia de la propia personalidad para convertirse en objeto puro del conocimiento. Pero al genio se le reconoce, entre otras muchas cosas, por un malestar en su propio presente, por una ambición desmesurada, por una dificultad real ante la vida práctica. El genio necesita de la fantasía, porque la fantasía es un *ir más allá* de la relación causal que todo conocimiento subjetivo permite. Si el genio quiere estudiar, contemplar, las ideas eternas, debe utilizar la fantasía para romper la barrera del espacio y del tiempo.

Tampoco nos podríamos dejar llevar a equívoco. El genio necesita la fantasía porque ésta le sirve de herramienta para superar el conocimiento abstracto. Pero eso no quiere decir que la fantasía, por su sola presencia, implique genialidad. Ni mucho menos. Si la fantasía está al servicio del cumplimiento de las necesidades de la voluntad, no es más que una herramienta, en este caso, para la satisfacción del sujeto, siempre relativa, siempre incompleta.

El genio es un hombre desinteresado. El hombre común es movido por sus intereses, por sus ambiciones de satisfacer necesidades personales, por su volición. El genio no tiene motivaciones más allá del conocimiento puro.

Pero el genio no es siempre genio. Esto es imposible. El genio, si se comportara como tal en todo momento, no podría sobrevivir. Necesita actuar como hombre común, en ocasiones, para satisfacer las necesidades fisiológicas que su propia volición le reclama. ¿Cómo, si no, puede vivir un hombre que no duerme, o no come, o no bebe?

**“La actividad del genio se ha considerado
como el efecto de una inspiración, y,
el propio nombre lo indica, como la actividad
de un ser sobrehumano diferente del individuo mismo,
que sólo periódicamente toma posesión de él.”⁴**

De esta manera, el genio no lo es en todo momento. Hay pocos genios y todo hombre común, en algún instante, puede comportarse como un genio, puede acceder al conocimiento puro si es capaz de contemplar, mediante el arte, la esencia del objeto sin utilizar un conocimiento únicamente abstracto y racional. El genio es, por lo tanto, un grado superior al hombre común, es quien posee los ojos capaces de ver más allá, de mirar los objetos y no ver individualidades y sus relaciones y ver lo universal que éstos desprenden.

⁴ Ídem. Pág. 216.

Si el hombre común sufre porque la voluntad le obliga a intentar cubrir determinadas carencias, determinadas necesidades, el hombre genial, en su vida contemplativa como el asceta, encuentra una felicidad que ni siquiera busca. No es, incluso, felicidad. Es ausencia de la necesidad de esa felicidad. Pero el hombre genial, cuando tiene que desenvolverse en la vida práctica, sufre como el que más. No se adapta, es antisocial, busca la soledad y no se siente reconocido en una vida que está encadenada por relaciones causales e intereses.

Una de las confusiones en las que solemos caer, normalmente, es en la de no distinguir, con los enormes matices que nos separan, al hombre genial del hombre de talento. El hombre con talento es un hombre que bebe de la experiencia, de la ciencia, es un hombre que utiliza sus conocimientos causales para llevar a cabo una función excelente, de gran aplicación práctica, tal vez. Pero no posee conocimiento puro de las esencias, eso no le serviría de nada. El hombre de talento es un hombre común con excelentes atributos, con una visión y aplicación de su entorno y espacio prácticamente perfecta, pero con una actuación, siempre, desde su propia individualidad. El hombre de talento, pues, puede vivir cómodamente en la vida de la volición porque, de alguna manera u otra, la domina, la entiende, la trabaja. El hombre de genio es muy diferente. Es objeto puro de conocimiento, las excelencias de una individualidad no le interesan, porque no se mueve por interés. El genio contempla el mundo como mundo. El hombre de talento ve

el mundo desde su yo, minúsculo, e intenta interactuar como individuo.

De este modo, podemos decir que el científico nunca se puede quedar satisfecho con sus resultados, por positivos que parezcan. El artista completa su obra, porque la idea que trasmite es eterna, esencial, imperecedera. La experiencia cambia constantemente. El principio de razón suficiente, la racionalidad de lo abstracto, hacen del tiempo, el espacio y de las relaciones causales las armas para combatir la vida práctica. El genio no se pregunta por esas armas, porque no le sirven de nada. No necesita contemplar, contempla.

Hemos dicho, en repetidas ocasiones, que el genio no está a gusto en la vida con los demás, que utiliza, como recurso, la fantasía para escapar y romper las barreras de las relaciones causales. Por eso, la relación entre el genio y el loco no parece tan extraña.

**“Los locos...desconocen la conexión,
las relaciones, y por eso se equivocan y
desvarían. Precisamente éste es el punto
de contacto con el individuo genial...”⁵**

Schopenhauer ve la locura como una manera de sobrevivir al dolor, una forma de escapar a un acontecimiento trágico. Debemos apuntar que cuando el pensador nos habla de locura, nos está hablando de estados no causados por problemas fisiológicos o genéticos. No locuras por defectos del cerebro, nos dirá. Si no, locura vista como la imposibilidad de encadenar, de relacionar, acontecimientos del pasado con el futuro, con el presente. El loco, como el genio, utiliza la fantasía para llenar estos huecos en la memoria. El presente constante lo vive, pero lo vive construyéndolo sobre un edificio de un pasado fantasioso, un pasado absolutamente diferente al real, porque el real le produce un sufrimiento demasiado traumático.

Schopenhauer pone algunos ejemplos de genios que rozaban, o vivían, en la locura. No es un caso único. A lo largo de la historia,

⁵ Ídem. Pág. 223.

locura y genialidad se ha ido asociando continuamente. Erasmo, en su *Elogio de la locura*, estudió numerosos casos de personajes geniales, y locos. La importancia del *Quijote*, es, en parte, por esa preocupación por el símbolo de la locura versus la cordura. El loco fantasea y, por este motivo, es capaz de saltarse relaciones causales que un hombre común, Sancho, no saltaría jamás. El genio, por su parte, hace lo mismo, en este sentido. Es conocedor puro, se mueve por su intuición primera, la de las esencias, y no puede hacer una relación causal entre el pasado y su presente. El delirio del loco es, en alguna ocasión, la obra de arte que trasmite la idea de un objeto, y que el hombre común no es capaz de percibir.

**“En los individuos geniales
la impresión del presente es muy poderosa,
y los arrastra a acciones irreflexivas,
al afecto y a la pasión.”⁶**

El presente. E aquí el terreno de juego, tanto del loco como del genio. Tanto el pasado como el futuro implican relaciones obscuras, causales, donde el tiempo exige necesidades afectivas. La pasión del presente, que el genio padece, es debida a la explosión de su ambición, a la autoconciencia de ser objeto puro de conocimiento.

Pero, además, no únicamente la locura y la genialidad pueden llegar a tener diferentes puntos en común, sino que pueden confundirse. No hay que olvidar que al loco lo considera loco el cuerdo. Y el cuerdo es, por definición, el hombre reflexivo. O sea, el

⁶ Ídem. Pág. 218.

hombre común. Por lo tanto, la explosión poética, la fuerza que puede tener la contemplación de las artes plásticas, o de cualquier terreno artístico en general, y la intensidad brutal que el genio pone en su contemplación, el hombre común no la puede ver como nada más que un efecto de la locura. Y es que el hombre común busca los intereses que le pueden satisfacer sus necesidades, completar, fracasando siempre, las exigencias de su propia volición. Busca, en definitiva, la utilidad de los actos. ¿Quién puede, entonces, perder tanta energía y fuerzas en un acto artístico si éste es inútil para la vida práctica? Pues, el hombre común, nos dirá que sólo un loco. El hombre genial, al tener autoconciencia del mundo de las esencias, nos dirá que sólo un genio.

Conclusiones

La vida, como vida, es dolor. Dolor porque nuestra propia voluntad nos exige satisfacer necesidades que, por definición, no son satisfacibles. El principio de razón suficiente, el tiempo, el espacio, las relaciones causales, rigen nuestra vida práctica. El dolor sólo puede desaparecer cuando logremos escapar de dichas exigencias.

El genio se diferencia al hombre común y al hombre de talento, que no deja de ser un hombre común con determinadas excelencias, al no moverse por los intereses que la voluntad le enseña como necesidades. El genio, a través del arte, se eleva sobre su propia individualidad y, fuera ya de conocimientos abstractos y reflexivos, mediante la intuición primera, se convierte en objeto de conocimiento puro. Conoce las esencias, lo universal de la especie y deja, por momentos, de ser individuo.

Estas características que definen al hombre de genio, hace que el hombre común lo rechace y lo vea como al loco, porque, en realidad, se asemejan mucho. Se asemejan, sobre todo, porque las relaciones causales entre pasado y presente se fantasean, se inventan, se manipulan, para huir, en los dos casos, del sufrimiento de una voluntad que oprime, que reclama lo imposible. El genio no se preocupa por la utilidad práctica de sus actos. El loco, tampoco.

Bibliografía

COPLESTON, Frederick.

“Historia de la filosofía”. Ed Ariel. Vol. IV. Barcelona, 2004.

FERRATER MORA, J.

“Diccionario de Filosofía”. Ed. Ariel. Vol. IV. Barcelona, 1994.

MANN, Thomas.

“Schopenhauer, Nietzsche, Freud.” Ed. La llar del llibre. Barcelona, 1987.

SCHOPENHAUER, Arthur.

“El mundo como voluntad y representación”. Ed. Akal. Madrid, 2005.

SCHOPENHAUER, Arthur.

“El mundo como voluntad y representación”. Ed. FCE-Círculo de Lectores. Barcelona, 2003.

SCRUTON, Roger.

“Historia de la filosofía moderna”. Ed. Península. Barcelona, 2003.

WAGNER, Richard.

“Der ring de nibelungen”. Ed. Delta Music (audio). Konigsdorf, 1993.

Índice

Introducción	Página 3
Arte	Páginas 4-7
Genio	Páginas 8-11
Loco	Páginas 12-14
Conclusiones	Página 15
Bibliografía	Página 16